

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

68

LETRAS LIBRES
ABRIL 2012

POESÍA

WISŁAWA SZYMBORSKA (1923-2012)

✎ RUTH FRANKLIN

La Polonia de posguerra era una nación extraordinariamente desdichada, pero en un aspecto (quizá el único) se contaba entre las más afortunadas del mundo. Este país sin pretensiones, que no es admirado por sus paisajes, por su gastronomía o por su arquitectura, produjo a tres de los mejores poetas europeos de la última mitad del siglo. El primero de ellos fue Czesław Miłosz (1911-2004), nacido en Lituania en una familia polaca, que huyó a Francia en 1951 y luego emigró a los Estados Unidos en 1960. Fue el poeta geopolítico, lo que encajaba perfectamente con su condición de exiliado, y el primer premio Nobel de Polonia. El segundo fue Zbigniew Herbert (1924-1998), el poeta filósofo de Polonia, quien se negó a colaborar con el régimen comunista y escribió su lírica abstracta e inteligentísima en la penuria durante gran parte de su vida.

La última fue Wisława Szymborska (1923-2012). Aunque era contemporánea de Herbert, la ubico al final no porque haya vivido más que

él y Miłosz, sino porque su muerte reciente, a los ochenta y ocho años, cierra definitivamente la última época brillante de la poesía polaca. Si hay algo que agradecer a las cuatro décadas y media de gobierno comunista en Polonia es que estos tres poetas surgieron de esas estrecheces altamente presurizadas como diamantes del carbón. Aunque los censores tachaban cualquier obra percibida como política o en cualquier sentido subversiva, los escritores podían burlarlos abordando con ingenio los temas prohibidos, a través de metáforas o alegorías—uno de los quehaceres principales de la poesía en todo momento. Si a eso le añadimos un público devoto, con un apetito por la literatura avivado por la escasez—los nuevos poemas se distribuían en ediciones de *samizdat* y circulaban de mano en mano—, quizá tengamos las condiciones necesarias para la creación.

Pero el comunismo por sí solo no puede explicar este florecimiento poético. Si exceptuamos a la Unión Soviética (que tenía una población por lo menos cinco veces mayor que la de Polonia), ningún otro país del bloque del Este produjo una literatura equivalente. Asumiendo que no había químicos alucinógenos en las filtraciones de Nowa Huta, la

notoriamente contaminada acería a las afueras de Cracovia (donde Szymborska pasó casi toda su vida), solo podemos concluir que la grandeza poética de Polonia es el resultado de un accidente histórico: el choque entre una profunda y semipiterna cultura literaria y el más devastador de los campos de batalla europeos.

Los poetas entendieron la situación desde el principio. Miłosz escribió “Campo dei Fiori”, uno de sus mayores poemas de juventud, en Varsovia en 1943. En él reparaba en cómo la gente seguía con sus asuntos más allá de los muros del gueto—volaban cometas, montaban el carrusel— mientras los judíos morían al otro lado. Debió ser igual cuando quemaron a Giordano Bruno en la hoguera, imagina: los vendedores de fruta ofrecían sus mercancías y las tabernas se llenaban de nuevo “antes de que las llamas se extinguieran”. ¿Es nuestra resistencia emocional la que nos permite volver rápidamente a las canastas de aceitunas y limones, o es nuestra ignorancia, nuestra falta de empatía con la “soledad de los que mueren”? El poeta se pone del lado de los “olvidados por el mundo”: “Nuestra lengua se vuelve para ellos / el idioma de un planeta antiguo.” Algún día, espera, “la ira avivará la palabra del poeta”.

Con su economía característica, Szymborska inicia uno de sus poemas más famosos con los versos: “Después de cada guerra / Alguien tiene que limpiar.” Luego de que su jardín, su país, se convirtiera en escenario de la mayor guerra del siglo, la labor de limpieza recayó sobre todo en los poetas polacos. A menudo, el régimen soviético oscureció la verdad sobre los hechos de la guerra, menospreció el elemento judío de la tragedia y azuzó las tendencias martirológicas polacas. Pero la historia real se halla en los poemas. En “Todavía”, parte del libro *Llamando al Yeti* de 1957, Szymborska escribió sobre los “vagones sellados” que transportaban “nom-



+Réquiem de la poesía polaca.

bres” por el país. Esos nombres son todos judíos: Natán, Isaac, Aarón, Sara, David. “Una nube de gente atraviesa el país”, nos dice la poeta. Tanto el tren como las personas desaparecieron, pero todavía “oigo, / eso es, el retumbar del silencio en el silencio”. Tanto a Miłosz como a Szymborska, su propio silencio ante la catástrofe los persigue con la misma intensidad que el silencio de los muertos.

Szymborska aclaraba con frecuencia que sus poemas eran “estrictamente no políticos... más acerca de las personas y la vida”. Se ganó el epíteto de “la Mozart de la poesía”, por sus poemas breves y juguetones que toman lo cotidiano y le dan la vuelta en una dirección inesperada. “Un gato en un piso vacío” (en el que la muerte del dueño del gato se vive desde la perspectiva de su mascota adorada), “Amor a primera vista” (un poema sobre los encuentros fallidos que, al parecer, sirvió a Krzysztof Kieślowski de fuente de inspiración para *Rojo*), “La cebolla” (este poema no puede ni siquiera ser

descrito; debe ser leído). Estos poemas son la razón por la cual algunas personas que saben muy poco de poesía o de Polonia conocen la poesía de Szymborska, aunque trataban al intentar pronunciar su apellido. “Quizá sus poemas no salven el mundo, pero el mundo nunca se ve igual después de encontrarse con su obra”, escribió el poeta estadounidense Edward Hirsch (que ha dedicado por lo menos un poema a Szymborska).

Pero “la gente y la vida” también son temas políticos, especialmente en la Polonia de posguerra. Y cuando Szymborska concentra su lúdica inteligencia sobre los desastres del siglo xx, la desfamiliarización es profundamente paralizante. En “Primera fotografía de Hitler”, se imagina al adorable niño Adolf – “¿Y quién es este niño con su camiseta?” – y conjetura qué será cuando se haga mayor: “tenor en la ópera de Viena”, o quizá se casará con la hija del alcalde. En “Campo de hambre cerca de Jasło”, se pregunta cómo escribir acerca de la muerte masiva: “La historia redondea los esqueletos por decenas. / Mil y uno siguen siendo mil. / Ese uno es como si no existiera...” Por descontado, en una sociedad dedicada a lo colectivo, en la que la individualidad está devaluada, buscar el “uno” es un acto inherentemente político.

“En el habla cotidiana, donde no nos detenemos a sopesar cada palabra, usamos frases como ‘el mundo común’, la ‘vida común’, el ‘transcurso común de los acontecimientos”, dijo Szymborska en su discurso de aceptación del premio Nobel en 1996. “Pero en el lenguaje poético, donde cada palabra se sopesa, nada es común ni normal. Ni una sola piedra, ni una sola nube encima de ella. Ni un día ni una noche después de él. Y sobre todo, ni una sola existencia, ninguna de las existencias de este mundo.” Si eso no es suficiente para salvar el mundo, la culpa es del mundo, no de la poeta. —

TRADUCCIÓN DE PABLO DUARTE

LENGUA

LOS LINGÜISTAS Y EL TRAJE NUEVO DEL EMPERADOR

MARÍA DEL CARMEN HORNO CHÉLIZ

Las conocidas “guías del lenguaje no sexista” —entre ellas las de la Junta de Andalucía, Comisiones Obreras y varias universidades— que dieron pie al ya célebre informe de la RAE firmado por Ignacio Bosque no son, aunque a veces lo parezca, compendios de verdad revelada en una zarza. Son, por el contrario, mundanales procesos de intervención psicosocial, en los que se busca conseguir un beneficio para la sociedad y en los que se invierte en ocasiones dinero del contribuyente. Una evaluación por parte de profesionales cualificados no solo es pertinente, sino que debería ser protocolaria.

El primer paso es realizar un diagnóstico: ¿existe realmente un problema social que debe ser resuelto? La respuesta es indudablemente afirmativa. Las mujeres nos encontramos en una situación de inferioridad y de invisibilidad, sujetas a marcados estereotipos que limitan nuestra libertad. Y las lenguas, como los objetos socio-históricos de transmisión cultural que son, están obviamente relacionadas y son una parte del problema de desigualdad entre géneros.

En segundo lugar, debemos evaluar si la intervención es posible y tiene visos de tener éxito. Esto es, si intervenir en los hechos lingüísticos del modo en el que indican las guías conllevará un cambio en las producciones lingüísticas de los hablantes y si este cambio, de producirse, contribuirá a la solución del problema detectado. Y es en este asunto en el que cabe distanciarse de los autores y defensores de dichas guías. El éxito de la intervención se ve amenazado, antes que nada, por

su naturaleza prescriptiva. Desde hace un tiempo, la libertad conatural al hablante se ve reducida en los miembros de la administración del Estado: a los funcionarios se les instruye para que obren de una determinada manera, so pena de amonestación. Esto implica una importante necesidad de medios que instruyan, revisen y en su caso penalicen. Dedicar fondos públicos está justificado cuando las medidas son útiles y necesarias. Desgraciadamente, en este caso no hay un estudio controlado que asegure que los cambios que propugnan las guías puedan llegar a tener éxito (ni aun con la amonestación pertinente) y aun peor, no está demostrado que, si lo tuvieran, consiguieran el cambio social buscado. Yo creo que no. Y lo creo porque la mayor parte de las guías presenta una falta de reflexión sobre lo que es el lenguaje en general y el acto referencial en particular.

El lenguaje, como cualquier conducta humana habitual, está compuesto por decisiones inconscientes y conscientes. Pensemos en el sistema motor. Para poder subir el escalón de la puerta de casa, mi cerebro sabe cuántos centímetros tiene que elevar el pie, aunque yo no soy consciente de esa información. Ahora bien, soy yo la que elijo el camino que tomo. Con el lenguaje es similar: las operaciones formales (gramaticales) son inconscientes. Yo no decido habitualmente cómo hacer las concordancias. Las hago, sin más. Sin embargo, elijo qué palabras utilizo. Obviamente, la parte inconsciente se puede concientizar, pero esto provoca un coste de procesamiento mayor y un peor resultado. Si trato de subir el escalón de casa pensando en lo que hago, probablemente me caiga. En este sentido, es más adecuado intervenir en la parte consciente del lenguaje (la elección del léxico, por ejemplo), que en la parte inconsciente. La intervención en lo inconsciente es posible y a veces necesaria, pero se requiere una mayor justificación, ante el peligro de que el hablante sufra un cansancio y abandone.



+La semántica de los géneros (*La lectora*, de Fernando Botero).

La parte inconsciente del lenguaje tiene aspectos de carácter formal (gramatical, como las concordancias o el género de las palabras) y aspectos de carácter significativo (significados implícitos). Las guías se centran en los primeros, pero no ha habido un estudio controlado que pruebe que los procesos gramaticales inciden en los fenómenos de desigualdad entre hombres y mujeres. Por el contrario, se ha demostrado en muchas ocasiones que los fenómenos puramente gramaticales no correlacionan con fenómenos culturales. Por otro lado, las guías no suelen tratar aspectos relacionados con las implicaturas o presuposiciones sexistas. Posiblemente falta una reflexión profunda sobre estos asuntos y de ahí que le den un premio a la igualdad a un anuncio de detergente que dice “ellos también pueden”, donde la presuposición sexista es que nadie duda de que una mujer pueda realizar labores domésticas.

En general (a excepción de la guía de la Universidad de Málaga, que va por el buen camino), las guías tratan de evitar todo uso del masculino genérico, a pesar de que no está demostrado que todos los masculinos genéricos sean iguales. Es cierto que el uso genérico del masculino singular (*be ido al médico*,

cuando es una mujer) debería ser evitado. El asunto no es tan claro en muchos de los usos masculinos plurales (*los alumnos deberán pasar un examen*). No obstante, las medidas suelen estar centradas en estos últimos. Algunas, como la duplicación (*los alumnos y las alumnas deberán pasar un examen*) o el uso del colectivo (*la población estudiantil deberá pasar un examen*) pueden aconsejarse como medida puntual ante ambigüedad, pero no se puede pretender que se usen de forma sistemática. Otras son absolutamente ineficaces y contraproducentes. Cabe destacar la de buscar palabras que tengan la misma forma fonológica para el femenino y el masculino (*cada estudiante deberá pasar un examen*). Esta iniciativa obvia el hecho de que no hay palabras neutras para referirse a seres sexuados. Todas las expresiones referenciales que se relacionan con seres sexuados se interpretan de forma sexuada. Y en la mayoría de las ocasiones, el referente prototípico es el masculino, por nuestro sesgo sexista cultural. Los que me obligan a utilizar *estudiante* en vez de *alumno* parecen ignorar que ambos consiguen hacernos invisibles de igual modo.

Los responsables de las “guías del lenguaje no sexista” no son los únicos guardianes de la preocupación por la igualdad real. Son per-

sonas que, con el propósito de ayudar a dicha igualdad, han propuesto una vía de intervención. Desde una preocupación vital tan intensa y cierta como la suya, yo diría que esa vía tiene importantes sesgos y es necesario revisarla. Decir que el emperador anda desnudo no nos convierte en enemigas de la causa feminista. —

LITERATURA

UNA BIBLIOTECA PERSONAL

ALONSO CUETO

Un escritor en el siglo XIX escribe que una ballena blanca surca un océano y un lector en el siglo XXI oye el malévolo ruido que su cuerpo despidе sobre las aguas. Un poeta de la antigüedad describe a un padre arrodillado frente al asesino de su hijo y un lector contemporáneo siente el calor de sus labios besando las manos homicidas. El territorio de la ficción que fabuló un escritor en otro tiempo, en otro lugar, en otra lengua, se convierte para el lector de cualquier tiempo, de cualquier lugar, en un presente sólido y luminoso, con cuerpos y rostros, aromas y sonidos, emociones y actos impecados. La literatura que no tiene tiempo, que en cierto modo ocurre por encima del tiempo, puede ser definida como un eterno presente, un presente activado por la lectura. Incluso los hechos más rutinarios son sagrados para un escritor. Los lectores nos convertimos en portadores de algunas de las palabras, de las imágenes, de los personajes de ese libro, y con ellos seguimos viviendo siempre. Nuestros libros son nuestra biografía clandestina. No expresan lo que vivimos sino lo que hubiéramos querido vivir. La imaginación de cada uno de nosotros es, en otras palabras, equivalente a los libros que hemos leído y que conservamos en la memoria. Nuestra biblioteca es nuestra memoria secreta, el espejo de nuestras

obsesiones y traumas. Gracias a esa memoria secreta, podemos vivir de un modo más pleno. Pero no vivir la vida de todos los días sino otra clase de vida, una vida más fulgurante y sólida, aquella que no conocíamos, que solo conocemos en los libros, en esa zona íntima que solo nuestros autores han palpado.

Pero quizá no recordamos propiamente los libros sino algunos pasajes que los representan. Por ejemplo, el momento en el que Ana Karenina se enfrenta al ferrocarril con un miedo similar al que tenía cuando se tiraba al agua siendo niña o el instante iluminado en el que Borges abre la puerta del sótano y distingue un tornasolado fulgor. O el episodio en el que Javert se tira al río después de ser salvado por Jean Valjean, y el momento en el que madame Bovary besa la cruz, con el más grande beso de amor que jamás diera. Algunos pasajes, algunas frases, se convierten en un acto de magia. Nuestra memoria a lo mejor los ha modificado y a la vez nos han convertido en quienes somos.

Estos pasajes están atados a ciertos espacios y tiempos. Tengo asociado mi recuerdo de Melville a mis viajes en los metros de Madrid, cuando vivía allí. Fue en el año de 1977, durante esos viajes en ese metro, en el que los pasajeros discutían el retorno de la democracia a España, cuando la obsesión del capitán Ahab entró para siempre en mi corazón, y cuando la imagen de la ballena blanca surcando el océano malévolo formó por primera vez parte de mi vida. Del mismo modo, mi recuerdo de *Los miserables* está atado a la casa de la que entonces era mi novia y ahora mi esposa, Kristin, en Austin. No puedo separar mis imágenes de Jean Valjean —en especial de su muerte, que me hizo llorar copiosamente mientras leía ese pasaje— de las de los árboles que se cernían sobre ese balcón de madera de su casa. Lo que quiero decir es que la revelación de algunos de los pasajes que me deslum-



+Los demasiados libros.

braron fue tan intensa que recuerdo todo lo que ocurría a mi alrededor en ese instante, como si mi relación con el mundo hubiera cambiado de pronto. Me imagino que todos tendrán recuerdos de los libros que leyeron atados al lugar en el que esos libros entraron a formar parte de sus vidas. Cuando leí *Moby Dick* tenía veintitrés años y acababa de llegar a España, y cuando leí *Los miserables* tenía casi treinta, vivía en Estados Unidos y estaba muy enamorado. Creo que esta asociación entre la vida del lector y la lectura de la obra es siempre parte esencial de nuestra biblioteca personal. Recordamos dónde y cuándo hemos leído los libros de nuestra vida y esos libros impregnan esos tiempos y lugares, y quiénes éramos entonces en ellos. La vida que nos rodea es siempre también parte de nuestra lectura porque los libros son también sobre la vida, sobre la vida concreta, sobre la vida de los personajes pero también sobre la vida individual, irreductible del lector, desde la cual asimila e interioriza un libro.

Cada lector por lo tanto lee un libro desde algún lugar y desde algún tiempo. El mismo libro, leído en épocas distintas de nuestra vida, es un libro distinto, como bien des-

cubrió Borges en “Pierre Menard, autor del Quijote”. Nuestra biblioteca personal es tan relativa como lo somos nosotros. Pero una gran obra les puede decir algo esencialmente parecido a muchos lectores, en muchos lugares y tiempos. *El Quijote* o *Hamlet*, leídos en diferentes épocas de nuestras vidas, toman significados distintos. Estas obras contienen pasajes que por refracción albergan los anhelos y frustraciones de distintas edades, distintas identidades dentro de nuestra multiplicidad de rostros de lector.

Todos, cualquiera sea nuestra cultura o lengua, celebramos a Shakespeare o a Cervantes. Y eso ocurre porque esos dos autores supremos, al igual que Joyce, al igual que Víctor Hugo, al igual que Borges, demostraron que en todo texto literario hay un encuentro entre lo mundano y lo sagrado, entre lo contingente y lo permanente, entre lo individual y lo colectivo. La narrativa es la gran integradora de los niveles de objetividad y de subjetividad de la experiencia. De algún modo, una gran historia logra que lo cotidiano aparezca tocado por la magia de lo sagrado. La forma que adquiere el lenguaje y la potencia de la visión logran esa proeza, la gran proeza de un escritor. No sé por qué, de pronto los viejos restaurantes de carretera tienen una dimensión mágica en los cuentos de Raymond Carver y una caja de cerillas tiene una reverberación sagrada en el relato de Chéjov. Nunca voy a olvidar esa caja de cerillas y esos asientos redondos y vacíos en un *diner* junto a la carretera. La soledad de los seres humanos está reflejada en esos lugares creados por sus autores como nunca la habíamos visto en la vida real. Estas palabras que tienen un sentido tan utilitario y con frecuencia banal entre nosotros adquieren en manos de un gran escritor, sin perder su naturaleza terrenal, un poder de iluminación de la realidad, que las hace únicas. Recuerdo aquí siempre la frase de James Joyce, para quien la operación de un escritor —la de

convertir los elementos de la vida real en la materia de un arte que aspire a la eternidad— es una proeza similar a la de la consagración en la misa cuando el sacerdote convierte el pan en el cuerpo de Cristo. Esta idea de James Joyce siempre me ha inquietado, que el arte es la operación de conferir una naturaleza sagrada a la materia terrenal con la que trabaja: lo efímero en lo duradero, lo material en lo esencial. De acuerdo a esto, tal vez una manera de definir la literatura es el encuentro de las palabras con lo sagrado.

Una consigna romántica muy antigua nos dice que los libros nos ayudan a evadir la realidad. Esta es una verdad a medias, que incluye su contraparte. Los libros nos ayudan a evadir la realidad pero también a entender, a profundizar, a vivir más plenamente la realidad. Viajar por mar no será lo mismo para un lector después de haber leído a Conrad. La ciudad de París no será la misma para un visitante que ha leído a Balzac. Recuerdo que la primera vez que llegué a París lo primero que hice fue conocer el Barrio Latino y el de Saint Marceau, cuya descripción me había impresionado tanto al comienzo de *Papá Goriot*. Desde entonces, nunca he podido ver ese barrio sin pensar que la señora Vauquer y Rastignac y Vautrin merodean por allí. Cada gato que he visto en ese barrio me ha parecido el gato de la señora Vauquer, tan grotesco como la dueña que lo espera en algún lugar de su maloliente pensión. Siempre he creído que la literatura juega con verdades a medias exageradas al doble. La ambición, la mezquindad, la generosidad de los seres humanos que he conocido siempre ha estado influida por las de los personajes de las novelas de Balzac. Si bien es cierto que nos olvidamos del mundo real mientras leemos, después de la lectura volvemos a él convertidos en otras personas. Los autores acomodan, idealizan, deforman, degradan la realidad y ese prisma es el que nosotros mantenemos

con nosotros, en nuestra biblioteca personal. Cada vez que llegamos a Madrid o a Buenos Aires o a Londres, las frases o escenas de Galdós o de Borges o de Dickens están con nosotros, ofreciéndonos en la realidad las ciudades que ellos pusieron en nuestro corazón. Y sin embargo, también, podemos sentirnos decepcionados al ver la realidad que escribieron los autores. Cuando llegué a Alexanderplatz en Berlín, por ejemplo, pensé que no estaba a la altura de las descripciones de Alfred Döblin. Vemos la realidad a través de los libros y los libros a través de la realidad. Nuestro modo de percepción del mundo ha cambiado después de un libro. Es por eso que la biblioteca personal, ese arsenal de recuerdos de los pasajes de nuestros libros, es un prisma a través del cual reconocemos, percibimos y vivimos en el mundo. Creo que lo que lleva a las personas a leer no es huir de este mundo en la ficción sino creer, por un instante, que no hay diferencias entre este mundo y el de la ficción.

Con todo esto quiero decir que la biblioteca personal no es la que tenemos en los anaqueles sino la que tenemos en la memoria, en la mente y en el corazón. La que tenemos en los estantes puede alimentar y servir de base a esta última, pero la biblioteca íntima, la de nuestros recuerdos, la de las frases que recitamos de memoria y la que viene a nuestra ayuda en los momentos decisivos de nuestra vida, es la nuestra.

Y sin embargo, creo que cada uno construye su biblioteca en relación con uno mismo. Los autores que escoge, las frases que lleva consigo, son parte del cuerpo de cada uno. Tengo en el mío algunas frases, no siempre de novelas. “Tuve a la belleza en mis rodillas, y la encontré amarga y la injurié”, y también “La candente mañana de febrero en la que Beatriz Viterbo murió, después de una imperiosa agonía que ni por un momento se rebajó al sentimentalismo ni al miedo, noté que las carteleras

de fierro de la Plaza Constitución habían renovado no sé qué aviso de cigarrillos rubios”, y también “Esa mañana, después de una noche de sueños intranquilos, Gregorio Samsa comprendió que se había convertido en un enorme insecto”. Esta lista, como la de cualquier lector, podría seguir hasta el infinito. No hay mejor momento en una conversación con un amigo que encontrarse con la misma biblioteca de la memoria. De pronto alguien con quien hablamos de libros recuerda algunos pasajes conocidos y de pronto recitamos alguna frase juntos.

Creo que me di cuenta de la importancia de tener una biblioteca personal poco después de la muerte de mi padre, cuando yo tenía catorce años. Mi padre murió de un modo muy repentino en un mes de noviembre de 1968, y recuerdo que las semanas del verano que siguió leí con mucha intensidad y pasión la poesía de Vallejo. Ya conocía algunos de esos poemas, pero a la luz de esa repentina sensación de soledad, creo que los leí, es decir los viví, de un modo más pleno. Me di cuenta entonces de que había una extraña afinidad entre mi vida de entonces y esos versos. La experiencia de la orfandad, del estar a la deriva en el mundo que rueda “como un dado roído y ya redondo” en la descripción de Vallejo, era mi experiencia personal. Por primera vez me pregunté cómo era posible que un poeta pudiera expresar una experiencia esencial, la de la orfandad respecto del mundo, en las palabras tan exactas y ambiguas de su poesía. Allí, en esos versos dislocados, tan desamparados y potentes, desprovistos de adornos, estaba el testimonio de una experiencia que yo podía compartir con el escritor. ¿Cómo era esto posible? Yo encontraba consuelo en la obra de Vallejo, que había muerto muchos años antes. Encontraba más consuelo en esos versos que en lo que me decían amigos y parientes, personas que conocía. Porque Vallejo

había transfigurado las palabras, les había dado un nivel simbólico tan fuerte, que hacía que en ellas pudiéramos reconocernos todos los que habíamos experimentado la pérdida y la soledad. El poder del lenguaje literario por unir conciencias, por integrar y reunir, se me apareció de un modo pleno por entonces. Creo que nunca me he recuperado de ese descubrimiento, y aún hoy cuando leo los versos de Vallejo redescubro el mundo sin mi padre y sin un padre.

Nuestras bibliotecas personales pueden ser compartidas gracias a encuentros de lectores, como este. Aquí podemos repetir juntos lo que creo que son las dos grandes máximas de escritores y lectores. Qué grande y variado es el lenguaje, y qué grande y variada es la vida de cada ser humano. —

11-M DIVIDE Y PERDERÁS

—DANIEL GASCÓN

El atentado terrorista más sangriento de la historia de España produjo algunas reacciones admirables. Los españoles manifestaron su inmediata solidaridad con las víctimas, los crímenes se investigaron y aclararon con bastante velocidad, y no hubo episodios de violencia contra musulmanes o norteafricanos. Desgraciadamente, el 11-M también provocó una gran cantidad de división, supercherías y culpabilidad desplazada. El gobierno del Partido Popular dio la información de una investigación en tiempo real: aunque, a medida que avanzaban las pesquisas, todos los indicios apuntaban al terrorismo islámico, lograron transmitir que preferían que no fuera así. Hubo manifestaciones ante la sede del PP y se llegó a culpar al gobierno de los atentados, a causa de la participación española en la invasión de Iraq, como si los yihadistas fueran un tribunal penal internacional un tanto drástico. Después, con una mezcla de delirio y cinismo,



+Monumento de homenaje a las víctimas.

algunos medios jugaron con las lagunas de toda investigación, y con elementos que podía presentarse como lagunas pero no lo eran —como la dificultad de determinar la marca de los explosivos—, para bosquejar una nebulosa donde ETA, las fuerzas de seguridad del Estado y quizá espías extranjeros habrían conspirado para provocar un cambio de gobierno en España. Este año, la conmemoración del octavo aniversario de la tragedia ha servido para revivir algunos de esos aspectos negativos. El mismo día, a medio kilómetro de distancia, se celebraron dos actos de homenaje: en uno había dos asociaciones de víctimas y representantes del gobierno; en otro, convocado por UGT, Comisiones Obreras y la Unión de Actores, estuvo otra de las asociaciones de víctimas.

Es una chapuza desoladora y el ambiente se había caldeado antes. El fiscal general del Estado, Eduardo Torres-Dulce, había anunciado la apertura de diligencias de investigación tras la aparición de uno de los vagones del atentado en un almacén madrileño. La información partía de un reportaje de un medio digital, pero ya había habido una querrella acerca del paradero de los trenes presentada por el sindicato Manos Limpias, y ya existía un auto del Tribunal Supremo al respecto:

a) A lo largo de las actuaciones obran los distintos y pormenorizados dictámenes periciales, sobre los objetos encontrados en

los restos de los vagones afectados por las explosiones, y sobre estos mismos, a fin de determinar la etiología, forma y características de las explosiones sufridas. b) En el Tomo 145 del Sumario, folios 53.799 y ss. obra un completísimo informe conjunto de expertos de TEDAX y GUARDIA CIVIL, sobre los restos de los vagones, planteándose incluso la posibilidad de reproducir la deflagración, lo que se desestima por razones técnicas. c) La conservación y destino de los vagones en cuestión —una vez hechos en ellos todas las pericias que se estimaron necesarias— corresponde a su legítimo propietario (RENFE), que además cuenta con lugares apropiados para ello.

Después del aniversario, Torres-Dulce declaró que “la verdad jurídica está contenida en la sentencia de la Audiencia Nacional y del Tribunal Supremo” y que el 11-M es un caso cerrado. Eso nunca convencerá a los fabricantes y consumidores de teorías de la conspiración, porque operan como el psicoanálisis: aunque, como le oí decir a un médico: “Si no tienes ningún síntoma, no deberías descartar la posibilidad de que estés sano”, para ellos la falta de pruebas constituye una prueba de la ocultación. No se aclara qué se oculta exactamente, pero se señalan “detalles” y “cosas que no encajan”, como explica David Aaronovitch en su libro sobre las teorías de la conspiración, *Voodoo Stories*. Resulta profesionalmente deshonesto y moralmente repugnante usar la sensación de amputación de quienes perdieron a sus seres queridos en los atentados para legitimar la elaboración de esas teorías y provocar la división entre las víctimas, que deben tener la solidaridad de todos los ciudadanos.

Los sindicatos habían convocado una marcha contra la reforma laboral el 11-M. Sin duda, se puede discutir la oportunidad de escoger esa fecha, como hizo la delegada del gobierno en Madrid, pero el tono de la Asociación de Víctimas del Terrorismo —cuya presidenta,

Ángeles Pedraza, llamó a los sindicatos “indignos” y declaró que “el 11-M no es un caso cerrado”— no fue el más adecuado. El argumento de la falta de sensibilidad que esgrimieron algunos representantes políticos se debilita si recordamos que, por ejemplo, ese mismo día se celebraron actos electorales. Sin embargo, las organizaciones sindicales tampoco acertaron cuando presentaron esa elección de fechas como un homenaje a las víctimas, o cuando, para justificarse, dijeron que había sindicalistas entre los muertos. Los miembros de la mayoritaria Asociación 11-M Afectados del Terrorismo tienen derecho a que se reconozca su sufrimiento, y pueden manifestarse como cualquier ciudadano. Pero no deberían caer en el mismo error que critican cuando lamentan que se politice el dolor. En la carta donde aceptaba que esa fuera la fecha de la marcha, su presidenta Pilar Manjón —que no solo ha tenido que padecer la pérdida de su hijo, sino también insultos vergonzosos— no necesitaba explicar que “no entraremos al juego maniqueo de deslegitimar a los sindicatos”. Aunque François Truffaut escribió en 1955 que “ningún niño de Francia sueña con ser crítico de cine”, fue poco afortunado hablar de Torres-Dulce con estas palabras: “Enhorabuena, señor fiscal, hará carrera, pero lamentamos que se haya perdido tan buen crítico para los Goya.”

A los españoles nos gusta presumir de división. El mito de las dos Españas está muy arraigado y somos capaces de reproducirlo en cualquier momento: en el caso Garzón, en la reforma laboral, en la polémica sobre el aborto. El 11-M no generó un sentimiento de unidad comparable al 11-S en Estados Unidos. Y en los últimos años ha surgido una corriente que deslegitima uno de los momentos de unidad más claros, y de resultado más feliz, de la historia de España (me refiero a la Transición: la mayoría de los ciudadanos no han perdido todavía la fe en la selección de fút-

bol). Aun así, hemos visto que en un caso tan trágico como el 11-M, los mecanismos del Estado de derecho han funcionado: han servido para perseguir y juzgar a los criminales. Quizá, pese a nuestro entrenamiento y nuestra historia reciente, somos menos especiales y pintorescos de lo que creemos. Marine Le Pen ha opuesto recientemente la Francia rural a la Francia urbana, y la campaña del Partido Republicano en Estados Unidos parece una fábrica constante de enfrentamientos. No es casual que sean estrategias electorales. Tal vez es ingenuo esperar que los partidos y organizaciones políticas dejen de frecuentar esas tácticas por sí solos. Pero ellos, los medios y los ciudadanos deberíamos buscar el consenso, la verdad y la sensatez, y no dejarnos arrastrar por una retórica divisiva que no conduce a nada bueno. —

LITERATURA Y TELEVISIÓN LA SECRECIÓN CARACTERÍSTICA DE AMÉRICA ES LA TELENOVELA

✎ IBSEN MARTÍNEZ

Durante muchos años fui libretista de culebrones —puesto ocasionalmente en el trance de tener que definirlos en tanto que género o subgénero o lo que sea—, y me avenía sin más a la convención de que la telenovela es hija bastarda del realismo social europeo; una cruce de Eugène Sue y los “lectores de tabaquería” cubanos que Araceli Tinajero ha descrito brillantemente.

En efecto, a fines del siglo XIX, todavía bajo dominio colonial español, los incipientes gremios de la industria del cigarro habano lograron una llamativa reivindicación para sus miles de afiliados de ambos sexos: los lectores de tabaquería.

Cabrera Infante (en “Tiempos propicios para la novela rosa”, *El Mundo*, 27 de julio de 1994) imparte la noción de que eran “lectores pro-



✚Barrera Tyszka, escritor de novelas y escritor de telenovelas.

fesionales [que] leían, en Cuba, a los torcedores de los puros, de acuerdo a lo que ellos les pedían. Y el gran entretenimiento colectivo era *El Conde de Montecristo* (una obra tan famosa que hay una línea de puros llamada Montecristo). Curiosamente, el equivalente femenino de los torcedores, que hacían labores como despallillar la hoja de tabaco, separar y clasificar, también pidieron que les leyeran a ellas, por supuesto novelas románticas.”

Había nacido otro oficio del siglo XIX —para seguir con Cabrera Infante—; solo que acaso el oficio más cabalmente propio de nuestra América: José Martí, de visita en Tampa, verdadero emporio que fue de fabricantes de habanos independentistas exilados, graciosamente accedió alguna vez a hacer de lector de tabaquería; es decir, a ser narrador de radionovelas *avant la lettre*.

Y es que el relato canónico de los orígenes quiere que, al agotarse la bibliografía realista-social europea, torcedores y espalladoras exigiesen ficciones más cercanas a ellos y ese vendría a ser el motivo de que la lectura de tabaco recurriese cada día más a autores criollos, como Félix B. Caignet —él mismo alguna vez también lector de tabaquería— o, andando el tiempo, Félix Pita Rodríguez. La radionovela esperaba por ellos.

Era solo cuestión de tiempo para

que Cuba y los accidentes del siglo XX latinoamericano nos diesen a Delia Fiallo, la Dama de Hierro del género.

¿Por qué un género que nació en las fábricas de habanos de Cuba a fines del siglo XIX, se prolongó luego en la radio y la televisión de aquel país hasta hacerse también mexicano, venezolano o colombiano, puede hoy seducir vastas audiencias, no solo en América, sino también en España, República Checa, Líbano, Indonesia, Dubái, Rusia y, desde luego, en Los Ángeles, California o Brownsville, Tejas?

Las novelas —las buenas novelas, quise decir— no se añaden al mundo para responder preguntas de estudios multiculturales en tiempos de globalización, pero una atenta lectura de *Rating*, de Alberto Barrera Tyszka, haría más por el estudioso del tema que casi todo lo que produce la cejijunta cuadra de Néstor García Canclini y Jesús Martín-Barbero.

Solo que, al escribir *Rating*, Barrera Tyszka no parece haberse propuesto ilustrar idea alguna sobre la televisión, sino componer una ficción pura en la que su experiencia de media vida como guionista de televisión se trasmutase en estilo —un estilo calculadamente candoroso; tan perfectamente desprovisto de superyó como lo estuvo

el *Buscón* de Quevedo—, y lo logra de un modo tan admirable que aun el lector más avisado de las luengas aventuras de Barrera Tyszka como exitoso escritor de telenovelas en Venezuela, Colombia, Estados Unidos, Argentina y México no podría tener a Pablito Manzanares o en Manuel Izquierdo, sus protagonistas-narradores, como trasuntos del autor.

No es este, por cierto, un logro menor. Mucho menos si viene añadido a la trepidante trama que es la mejor dicha que nos ofrece Barrera Tyszka.

¡*Rating* tiene argumento, señoras y señores!, un argumento que resultaría apenas inverosímil si se los contasen de viva voz, pero que cobra osatura, pulmón, músculo y riego sanguíneo *verdadero* de capítulo en capítulo. ¡*Rating*, madre de Dios, no es “mirada de autor”, ni lenguaje que se piensa a sí mismo!

Leyendo esta novela, prendido de su hechizante argumento, recordé con deleite un antecedente remoto y que no creo muy conocido: la estupenda comedia *Boy Meets Girl*, de Bella y Sam Spewack, estrenada en 1935 y llevada al cine innumeradas veces. Lo que me lleva a pensar que la trama de *Rating* valdría muchos cobres si se llevase al cine.

No soy reseñista literario de profesión, solo soy un lector, y un lector ostensiblemente amigo del autor, así que tomar mis pareceres *cum grano salis* es lo prudente si ha llegado usted hasta aquí y me apremia a que responda a la pregunta: “¿Por fin qué le pareció *Rating*, joven?”

Pues bien, aquí está lo que pienso, y va dicho antes de hacer una pausa para los mensajes de nuestros patrocinantes: *Rating* está llamada a significar para la novelística de Alberto Barrera Tyszka lo mismo que *Las Aventuras de Augie March* significó para la de Saul Bellow. No sé si me explico.

Pero me daría igual ni no alcanzase a explicarme porque el gran arte es largo, amigos televidentes, y además ocurre y, sí, puede también tener mucho rating. —